

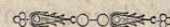
Dos dias despues de esta muerte, el embajador de Portugal, Almada Mendoza, retirado en Venecia como en observacion, y que aun la ignoraba, escribia á Nicolas Pagliarini: "Pero, en fin, las tres cortes de la casa de Borbon se han puesto en campaña para estirpar de una vez, y de todo el mundo, esta Sociedad, enemiga del género humano. Segun lo que me dicen de Roma, se espera que accederá el papa, con el asentimiento del Sacro Colegio, á ménos que no quiera engañar aun á los soberanos con sus medios evasivos. En Roma, los Jesuitas cada vez mas mortificados, aguardan su caida. Verémos cómo acaba esta comedia, en la que tiene fija su atencion el mundo entero."

D'Almada estaba en el mayor error. Los últimos dias de la vida del pontífice fueron dignos de su reinado; pero su muerte complicó la situacion y abrió un vasto campo á la intriga. Ya verémos de qué manera la explotaron los cardenales y embajadores de las potencias aliadas.

mismo Canova, la imágen de Clemente XIII resistiéndose á condenar á la Compañía de Jesus. Los Jesuitas ya no existian cuando Canova, uno de sus últimos discipulos, expresó en el mármol la resistencia católica de Clemente XIII, y proclamó su reconocimiento con la mas ingeniosa alegoría.



CAPITULO III.



Los Jesuitas en Roma.—Décima-sesta congregacion general.—Eleccion de Francisco Retz.—Medidas tomadas en el instituto contra sus escritores y sus polemistas.—Las congregaciones de procuradores.—Muerte del P. Retz.—Le sucede Ignacio Visconti.—Espira este, y el P. Centurioni, nombrado general en su lugar, muere prontamente.—Eleccion de Lorenzo Ricci.—Su carácter.—Presentimiento de la congregacion.—El Cónclave de 1769.—Amenazas de los embajadores de la casa de Borbon.—El cardenal Chigi y los Zelanti.—Instrucciones dadas por Luis XV á los cardenales franceses.—Las exclusiones.—El emperador José II en el cónclave.—Su actitud en Gesu.—El de Bernis entra en el cónclave.—Intrigas de los embajadores de Francia y España.—El birrete del cardenal Albani y la cortesana.—Proposiciones hechas para nombrar un papa, que se comprometa, antes de la eleccion, á destruir la Compañía de Jesus.—Dufour, agente del jansenismo, y su correspondencia.—El cardenal Malvezzi propuesto como papa.—Es demasiado ilustrado.—Los fanáticos y los políticos.—La corrupcion en el Sacro colegio.—Intimidacion ejercida por los ministros de las tres cortes.—Diferencia entre el episcopado romano y los extrangeros.—Intrigas que ponen en juego las potencias.—Medios que emplean.—Correspondencia inédita y autógrafa del cardenal de Bernis y del marques D' Aubeterre.—Don Manuel de Roda y el caballero de Azara.—Proposiciones de simonia.—Veinte y tres exclusiones.—Actitud de Ganganelli.—Lo que piensan de él D' Aubeterre, Bernis y Dufour.—Los comentarios inéditos del P. Julio de Cordara.—Deplorable situacion del Sacro-Colegio.—Escándalos del cónclave revelados por Bernis.—Ganganelli y el cardenal de Solis.—Todos se acusan de jesuitismo.—Bernis se desentiende.—Pacto secreto para suprimir á los Jesuitas.—Ganganelli engaña á los dos partidos.—Confesiones de Bernis.—Eleccion de Clemente XIV.—Recompensas otorgadas á los cardenales que han obrado contra su conciencia.—Nicolas Pagliarini, condenado á galeras, é indultado por Clemente XIII, es nombrado caballero por Clemente XIV.—D' Aubeterre pide proscripciones.

EN el momento en que la Sociedad de Jesus, en el auge de toda su virilidad sucumbia en Portugal; en Francia, en España y en Nápoles, al parecer, nada tenia que temer de parte de la Santa Sede:

Eran tantos los servicios que habia hecho á la religion y á la Silla Apostólica, que todo inducia á creer que jamas existirá un soberano pontífice que consintiese el destruir la obra de predileccion de los papas cuya tiara ciñese. Este pensamiento consolaba al catolicismo, é inspiraba á los Jesuitas su postrer esperanza, permitiéndoles contemplar con serenidad la tormenta que los habia dispersado. Roma no debia, mejor dicho, no podia mostrarse débil en la lucha, bajo pena de abdicar toda su autoridad moral; y nunca se habia mostrado el instituto mas íntimamente unido al sucesor de los apóstoles, ni habia existido mas acuerdo y armonía entre el vicario de Jesucristo y el órden de San Ignacio, que en los últimos años que precedieron á su supresion.

Estaban completamente olvidados los debates teológicos que agitaron á la Compañía durante algunos pontificados. Gracias á la sabiduría y tino de su administracion, los generales habian cicatrizado la llaga hecha al principio de obediencia por las disputas suscitadas sobre las ceremonias chinas. Ya no existian ningunos gérmenes de discordia (1), y las tres congregaciones generales, llama-

(1) Fuera de las congregaciones generales, se reunian en Roma cada tres años las congregaciones de procuradores. Dos de éstas se celebraron en tiempo de San Francisco de Borja, dos en tiempo de Mercuriano, ocho bajo Aquaviva, ocho con Vitelleschi, dos con Goswin Nickel, seis con Oliva, una con Carlos de Noyelle, tres con Gonzalez, cinco con Tamburini, y tres bajo el generalato de Retz. Mas de una vez las guerras ú otras causas políticas se opusieron á estas asambleas trienales, y la última que se tuvo en 1749, era la cuarenta y una. Veinte y seis de estas congregaciones decidieron por unanimidad que no se debia provocar la asamblea general de los padres; en ocho, esta convocacion no tuvo mas que dos vetos; en cuatro no fué diferida sino por una débil mayoría. Dos congregaciones de procuradores la decretaron, bajo Claudio Aquaviva y bajo Tirso Gonzalez. Ya hemos hecho ver los motivos de oposicion puestos con anterioridad para forzar la mano á Aquaviva. Los que determinaron á Tirso Gonzalez á recurrir á los profesos, aun no son conocidos ellos, sin embargo, nos dan la clave de esta obediencia, servil segun los detractores del instituto, y tan digna á los ojos de los hombres imparciales.

Tirso Gonzalez fué general desde el 1687. Era esta la época en que el probabilicismo de los teólogos de la Compañía era objeto de controversia. En el año de 1691 el gefe de la Orden publicó, en Dillengen, su obra *De recto Usu Opinionum probabilium*. Todos los asistentes pidieron que el libro fuese recogido: Gonzalez solamente consintió en que se recogiese. En 1693 se debian nombrar los diputados para la congregacion de los procuradores; en el mes de Abril la provincia de Roma designó su representante. Por mayoría de treinta y nueve votos contra nueve, fué elegido el P. Pablo Segneri, uno de los adversarios mas elocuentes de las opiniones sostenidas por el general. Las demas provincias de la Sociedad, Milan, Venecia, Nápoles, Inglaterra, Galo-Bélgica, Rhin inferior, y los cinco de la asistencia francesa, siguieron el ejemplo dado por Roma. Los Jesuitas temieron que los jansenistas se hiciesen un arma del libro de Gonzalez, y le atacaron con una viveza inexplicable en los hombres que segun la opinion del general, no eran mas que un cadáver, ó un palo en manos de un anciano. El 19 de Noviembre, se reunieron. Los votos se balancearon de tal modo, que al fin fué dado el decreto para convocar la asam-

das á dar nuevos gefes á la Sociedad, no habian tenido necesidad de hacer mas, que aprobar los dichosos resultados de una indisoluble alianza con la Santa Sede.

Miguel Angel Tamburini, despues de haber gobernado al instituto por espacio de veinte y seis años, murió el 28 de Febrero de 1730, sin designar vicario. El 7 de Marzo nombraron los profesos para ejercer estas funciones al P. Francisco Retz, asistente de Alemania, quien fijó para el 15 de Noviembre de aquel año la décimasesta asamblea general. Concurrieron á ésta, entre otros, los PP. Carlos Dubois, Martin Trampirinski, Juan Scotti, Antonio Casati, Xavier Hallever, Francisco de la Gorée, Francisco Sierra, Gerónimo Santi, Luis la Guille, Xavier de la Grandville y Juan de Villafane. El 30 de Noviembre, Retz, que reunió en su favor todos los votos, obtuvo, al primer escrutinio, la unanimidad de todos, ménos el suyo. Habia nacido este padre en Praga el 1673, y sucesivamente habia desempeñado con distincion y aplauso los principales rectorados de la provincia de Bohemia.

La congregacion general terminó sus trabajos el 13 de Febrero de 1731. Dió treinta y nueve decretos. Por el treinta y tres se prohibe á los Jesuitas, autores de obras, hacer tratos con los librerros para su publicacion, sin especial permiso del provincial. En su decreto LXXXIV, la séptima congregacion prohibia ademas cualquier acto que pudiera tener la apariencia de negocio comercial, y fué para hacer revivir esta ley antigua. Se renovó otra, en 1731, para mayor corroboracion de la primera.

Por un consentimiento unánime se habia establecido en la anterior asamblea general (decreto IX) que los escritores de la Compañía no debian responder con acrimonia y demasiado calor á los ataques de sus enemigos. Los profesos declararon que una polémica apasionada era contraria al espíritu del instituto. En el decreto XV fué renovada la prohibicion antigua de la duodécima congregacion (1), y en visperas de los terribles asaltos de que la Compañía

blea general. Pero muy luego surgieron dificultades, tanto que no quedó sino una corta mayoría. Esta mayoría ponía en duda si habia conseguido su objeto y realizado le *plura medietate suffragia*, recomendado por las constituciones. El caso no estaba previsto, y se apeló al soberano pontífice, quien nombró una comision, compuesta de los cardenales Panciatici, Albini, Carpegna, Mariscotti y Spada. El juicio de esta comision decidió la insuficiencia de la mayoría, y la XIV congregacion general resolvió la cuestion, declarando que la mayoría debia ser al ménos de tres votos.

Esta oposicion contra las doctrinas teológicas de su gefe, es un acto que sirve para demostrar la independecia de los Jesuitas, aun con el general del instituto. Si la Compañía no ha renovado un caso semejante, ha sido porque nunca, desde entonces, se ha presentado.

(1) El decreto XIX de la duodécima congregacion general está concebido en estos términos: "Si acaeciese que alguno de los nuestros, de viva voz, por escrito, ó por algun otro medio, sea el que fuere, ofendiese á cualquiera perso-

iba á ser muy luego víctima, sobrepujó la caridad del sacerdote á los arrebatos del escritor. Se decidió, finalmente, que poco á poco se fuese reprimiendo la facilidad que cada uno de los miembros de la Sociedad habia adquirido para la publicacion de sus respectivas obras. La censura previa se habia debilitado con el transcurso del tiempo, y era preciso rejuvenecerla. La asamblea quiso que los censores destinados para el exámen de manuscritos, no conociesen á sus autores, así como ni éstos á sus jueces. Estos últimos tenían orden de, en el momento, dar parte de todo al provincial, sin consideracion personal de ninguna especie, y aquel debia vigilar el exacto cumplimiento de las censuras teológicas ó literarias.

Retz se aparecia en una época de calma, precursora de la mas deshecha tempestad. Habia sido amigo de Clemente XIII, del cual obtuvo la canonizacion de San Francisco de Régis, y con su sabia administracion contribuyó mucho á la prosperidad de la orden. Se fundaron muchos colegios, seminarios y casas profesas, y cuando murió, que fué á 19 de Noviembre de 1750, casi en los brazos de Benedicto XIV, dejó á la Sociedad floreciente y con mas vida que nunca. El P. Retz habia designado para vicario general al P. Ignacio Visconti, que fijó la congregacion para el 21 de Junio de 1751. Entre los profesos que asistieron á ella, se contaron; Luis Centurioni, Leonardo Tschiderer, José de la Grandville, Pedro de Céspedes, Juan de Guzman, Claudio Frey de Neuville, Antonio Timoni, José de Andrada, Estanislao Popiel, Leonardo des Plases é Ignacio Sylveyra, asistentes todos ó provinciales de Italia, Alemania, Francia, España, Portugal y Polonia. El 4 de Julio Visconti fué electo general. Descendiente de una gran familia milanese, habia este Jesuita gobernado por mucho tiempo la provincia de Lombardia. Era muy querido del soberano pontífice, y sus virtudes, así como sus talentos, le hicieron apreciable á la Iglesia; pero despues de cuatro años de un fructuoso generalato, murió Visconti el 4 de Mayo de 1755.

En su calidad de vicario, el P. Centurioni convocó la asamblea de eleccion para el 17 de Noviembre. Ochenta y cuatro profesos

na, no perteneciente á la Compañía y especialmente á religiosos ó grandes, ó les diese algun justo motivo de queja; desde luego, los superiores investiguen y descubran al culpable, y le castiguen con la severidad que exige la justicia, de modo, que nada quede impune en esta materia, haciendo en seguida de suerte, que los que con razon hayan podido creerse heridos reciban lo mas pronto posible la satisfaccion que se les debe. Y si alguna vez se reimprimen libros que contengan ciertas cosas con las que alguna pueda ofenderse, que se tachen completamente. Por último, temiendo que los superiores, á quienes esto incumbe, sean demasiado indulgentes sobre este punto, los consultores, tanto locales como provinciales, quedan obligados á advertir á los superiores inmediatos si alguno ha cometido cualquiera falta de esa naturaleza, y declarar si se le ha impuesto ó no una penitencia, y cual sea ésta.



M. R. P. LORENZO RICCI.

Preposito General de la Compañía de Jesus en 1773.

Nació en Florencia a 1.º de Agosto de 1703. Falleció en Roma a 24 de Noviembre de 1775 á los 72 años 2 meses 22 dias de su edad.

se reunieron en Roma. Se distinguieron entre ellos los padres Scotti, Antonio Vanossi, Luth Le Gallic, Lorenzo Ricci, Xavier Idiaquez, Tomas Dunin, Pascual de Matteis, Gaspar Hoch, Andres Wagner, Mathurin Le Forestier, Salvador Ossorio, Antonio Cabral y Enrique de San Martin. El 30 de Noviembre fué nombrado general Luis Centurioni. Estuvo casi enfermo todo el tiempo de su generalato, en medio de sus numerosas ocupaciones, y el 2 de Octubre de 1757 la muerte puso término á sus padecimientos. Dejó por vicario al P. Juan Antonio Timoni, quien convocó para el 8 de Mayo de 1758 la congregacion general. Fué ésta la décimanona y última que se reunió en Gesu. Se notaron entre los profesos que acudieron, á los padres Garnier, De Maniaco, Felipe de Elci, Riboldi, Claudio de Jame, Kosmiski, Rota, Allanic, Rhomberg, Velasco, de Sylva, Adalvert Bystronowski, Trigona, Lindner, Le Gallic, Ossorio, Juan de Guzman, Wagner y Pedro de Céspedes. El 21 de Mayo fué electo Lorenzo Ricci gefe de la Orden.

Era este P. natural de Florencia: habia nacido en el 2 de Agosto de 1703, y pertenecia á una familia ilustre; pero los sucesos que tuvieron lugar durante su generalato, dieron á su nombre un eco tan general, que nunca le hubieran conseguido su prosapia, ni su piedad y modestas virtudes. No poseia ninguna de aquellas cualidades que se requerian para sostener con fruto el desesperado combate que muy luego iba á trabarse: con un carácter cuya dulzura se aproximaba á la timidez, y con un talento cultivado, pero extraño completamente al fuego de las pasiones humanas, habia vivido hasta entónces con aquella vida interior que los Jesuitas llevaban en medio del mundo, cuando á la edad de cincuenta y cinco años, se encontró encargado del gobierno del instituto. Sus manos eran muy débiles para sostenerle en presencia de la tempestad desencadenada. Aquaviva no la habia conjurado; Ricci debia dejarse arrebatar por ella, á pesar de una vana resistencia. La congregacion general ya presentia las calamidades próximas, y así, en su decreto xi, al recordar la ejecucion de las leyes y reglas ya anteriormente prescritas, añadia: "Que los superiores inculquen expresamente á sus súbditos el cuidado de las cosas espirituales, recordándoles á menudo, que de su fidelidad á los deberes de la piedad y de la religion penden la conservacion y prosperidad de la Compañía; pues que si Dios, por sus designios ocultos, y que no debemos sino adorar, permitiese que la adversidad cayese sobre nosotros, el señor no abandonará á los que pertenecieron fieles é íntimamente unidos; y en tanto que podamos recurrir á él con alma pura y corazon sincero, ninguno otro apoyo necesitaremos."

He aquí las únicas medidas que en el secreto de su congregacion adoptaron estos hombres, á quienes el mundo diplomático creyó ocupados en arreglar intrigas. Los primeros relámpagos de la tor-

menta ya habian aparecido; todo se presentaba hostil á la Compañía de Jesus; y para romper esta abolicion de odios, de codicias y de otras pasiones impías, los Jesuitas no recurren sino á la fe y á la paciencia. Ya hemos dicho el resultado de tan desigual lucha en Portugal, en Francia y en España. Los ministros y los tribunales de justicia, los príncipes de la casa de Borbon y los filósofos, enemigos de todos los cultos y de todos los tronos, circunscribieron hasta cierto limite el campo de batalla. Juzgaron, condenaron, desterraron y despojaron á los padres del instituto en el tribunal privado de su cólera, de sus prevenciones ó de sus esperanzas. La dispersion de los Jesuitas, en Lisboa, en Paris, en Madrid, en Nápoles y en Parma, fué producto de opiniones y de cálculos contrarios. En cada Estado, los monarcas y los ministros obraron casi aisladamente. Fueron tentados por el incienso de las alabanzas filosóficas, y se dejaron seducir por la idea de que podria enriquecerlos un despojo tan inicuo. A pesar de que la obra de destruccion quedó consumada entre ellos, aun no estaban satisfechos; quieren obligar a la Santa Sede á que sancione sus decretos, y se coligan para imponer á la corte de Roma la ley de que tienen necesidad, para que quede legitimado su arbitrario proceder.

Hasta este momento los ruegos, los esfuerzos, las amenazas de los embajadores, todo habia sido inútil. La muerte de Clemente XIII abrió nuevo campo á las hostilidades contra los Jesuitas. La alianza de cuatro soberanos católicos, que solicitaban la extincion de un órden religioso, valiéndose de todos los medios posibles, debia ofrecer una singular influencia sobre los cardenales. Era preciso saber si la filosofía llegaria á poder mas que la religion, y si la Iglesia oprimida por todos lados, consentiria al fin en conceder á los príncipes el derecho de suicidio, que en su ceguedad invocaban contra sí mismos. La guerra no se hacia parcialmente; los enemigos de la Orden habian cambiado su ataque. Deseaban acabar con la Sociedad, obligando al futuro sucesor de Clemente XIII, á confirmar lo que ya habian emprendido para menoscabar la autoridad de la Santa Sede. El cónclave que se reunia en circunstancias tan difíciles, ofrecia á la España, á la Francia, al Portugal, y á las dos Sicilias esperanzas de un próspero resultado. Era indispensable, ántes de todo, intimidar al Sacro Colegio, excitarle á inmolarse á los Jesuitas, con una elección agradable á las potencias coligadas, y hacerle entrever en un cercano porvenir, la paz que habian comprometido las últimas medidas de Clemente XIII.

El 15 de Febrero de 1769, trece dias despues de la muerte del soberano pontífice, cuyas exequias acababan de celebrarse con el ceremonial de costumbre, se abrió el cónclave. Los enviados de la casa de Borbon no ocultaron sus deseos ni su accion. En nombre de sus respectivas cortes pidieron y aun exigieron que se aguar-

dase la llegada de los cardenales franceses y españoles. José Enrique de Esparbes, marques de Aubeterre, embajador de Luis XV, fué el que se expresó con mayor calor y altanería. Intrépido soldado y general distinguido, llegó á ser mariscal de Francia, y pasó su edad madura en la carrera diplomática. Plenipotenciario, primero en Viena y luego en Madrid, aceptó, ántes de venir á Roma, el patronato de las ideas filosóficas. Era uno de aquellos grandes señores del siglo XVIII, valiente en su principio como un caballero de las antiguas cruzadas, pero que despues de haber perdido la fe al contacto de las impurezas de la regencia, no reconocia ya mas Dios que el orgullo y el placer. Forzaba á su vanidad á doblegarse ante las ideas de igualdad; se hacia impío, aparentando desengaño, ó por darse importancia, y en presencia del sacerdocio romano, no reparaba afectar una arrogancia, tan fuera de tiempo como irreflexiva, con el fin de intimidar.

Pero todas estas amenazas no hicieron impresion alguna en una parte del Sacro Colegio. Se queria que la Santa Sede se humillase ante unos príncipes, cuando ni ellos mismos sabian conservar la dignidad de la justicia. El partido de los *Zelanti* (1) se indignó al oír hablar de virtud á Luis XV y á Choiseul, á Aranda y Pombal, así como á Tanucci prodigar á la Iglesia sospechosos testimonios de su veneracion y respeto. Hizo todo lo posible por acabar de una vez con las intrigas que se agitaban á las puertas del Vaticano, y la elección del cardenal Chigi no llegó á realizarse por la sola falta de dos votos para obtener mayoría. Chigi era un sacerdote, que no hubiera retrocedido, ni jamas sacrificado la Compañía de Jesus á la aversion filosófica. D' Aubeterre y Azpuru, enviado de España, pusieron el grito en el cielo, y anunciaron á la ciudad que si no se tomaba en cuenta el deseo y voto unánime de las coronas, la Francia, la España, el Portugal y las dos Sicilias se separarian de la comunión romana. Estas violencias morales produjeron, en

(1) Ranke, en su *Historia del Papado*, t. IV, pág. 489, se expresa así: "La excision que dividia al mundo católico habia penetrado tambien, en cierto modo, en el seno de la corte romana, en la que se habian declarado dos partidos, el uno mas severo, y el otro mas moderado."

El partido que el escritor protestante designa como mas severo, y que en Roma se llama de los *Zelanti*, defendia fuertemente, en el Sacro Colegio, las prerogativas de la Santa Sede, y todas las libertades de la Iglesia. Se componia, en lo general, de los cardenales mas exactos y mas religiosos. Clemente XIII, Pio VI y Pio VII le representaron sobre el trono pontifical.

La fraccion del Sacro Colegio que Ranke mira como mas moderada, y que era conocida bajo el nombre de *partido de las coronas*, pensaba, que, conservando lo esencial, eran indispensables sacrificios á los poderes temporales y al espíritu del siglo. Se componia, al ménos en sus miembros mas avanzados, de hombres políticos y cardenales diplomáticos. Benedicto XIV fué la expresion de este partido en su sentido mas estricto; Clemente XIV le reasumió en el de las concesiones.